

## **DOMINGO 2º DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Génesis 22, 1-2.9a.10-13.15-18): *Todos los pueblos se bendecirán.*

**Salmo** (115, 10 y 15.16-17.18-19): *«Caminaré en presencia del Señor»*

**2ª lectura** (Romanos 8, 31b-34): *¿Quién estará contra nosotros.*

**Evangelio** (Marcos 9, 2-10): *Maestro. ¡Qué bien se está aquí!*

*¿Cómo es nuestra mirada? ¿Miramos enrevesadamente o con benevolencia? Que duro es nuestro corazón, cuando a las personas las encerramos en la cuadrícula de nuestros juicios, es como si las condenásemos de antemano a una prisión sin barrotes de hierro pero con barrotes de prejuicios, de la que es muy difícil escapar.*

*La cultura de nuestra época nos empuja a mirarnos desde el utilitarismo: ¿produces o no? ¿Tienes capacidad de compra o no? Y si es que no, no vales, no sirves. Eres material desechable.*

*También en la Iglesia, cuando nos ofuscamos en mirar y juzgar desde una rígida e inmutable ortodoxia doctrinal y desde costumbres y normas inflexibles, dejamos de ver personas y abandonamos la vida del Evangelio.*

*Me pregunto cómo nos mira Dios, cómo Dios mira a cada ser humano, qué juicio hace de nosotros, de cada uno en particular y de todos.*

*Sabemos, por Jesús, que su mirada es infinitamente profunda y humana, divina habría que decir. Una mirada que salva, que siempre concede otra oportunidad, que nunca condena. Una mirada así solo es posible desde el amor de verdad, y Él lo es.*

El evangelio de Marcos se escribió hacia el año 70, unos cuarenta años después de la muerte de Jesús. Por entonces, las comunidades cristianas ya se habían extendido por muchos lugares del Imperio romano. Las amenazas de una nueva persecución flotaban en el aire. Un poco antes, en el año 64, los cristianos ya habían sufrido la persecución de Nerón. Una situación tan difícil había provocado que en las comunidades algunos renegaran de su fe, que otros huyeran y que otros muchos vivieran desanimados. No entendían y no querían que la cruz formara parte de la vida cristiana.

Pero la mayoría de los cristianos deseaban seguir siendo fieles. Fue este deseo el que les llevó a preguntarse: **“¿Cómo podemos ser discípulos de Jesús en una situación tan difícil?”**. Marcos, que conocía y vivía esta situación, escribió su evangelio para ayudarles a entender y para infundirles ánimo. Les propuso de ejemplo a los primeros discípulos y les describió las dificultades que tuvieron para seguir a Jesús; presentó a los discípulos como un grupo que no entendía quién era Jesús, que no comprendía las parábolas ni la multiplicación de los panes, que se asustaba cuando Jesús les habla de la cruz y querían apartarlo de ese camino, que se peleaban entre ellos por el poder. No eran perfectos y, muchas veces, eran un problema.

Pero, les dice el evangelista Marcos, a pesar de todos estos problemas, Jesús siguió amándolos y confiando en ellos y, porque confiaba, les fue mostrando la verdad más grande que le habitaba: Él era Hijo amado del Padre. En el relato de la transfiguración, Pedro, Santiago y Juan representan a todos los discípulos, los de entonces y los de ahora. Torpes, incapaces de comprender a Jesús, ciegos para ver la profundidad de su persona.

Marcos, en su evangelio responde también a nuestra realidad. Desgraciadamente, sigue habiendo lugares en los que las comunidades cristianas son perseguidas y necesitan ánimo para mantenerse fieles a la fe. Nuestra situación en Europa es diferente. Aquí vivimos una crisis del cristianismo y de las Iglesias, pues un tipo de sociedad desaparece y otro emerge y, a la par, un estilo de cristianismo entra en crisis y un nuevo modo de ser cristianos y de ser Iglesia está naciendo. Es en esta realidad de cambio y de crisis donde nos hacemos, con más o menos consciencia, la misma pregunta que aquellas comunidades para las que escribió Marcos: **“¿cómo ser discípulos de Jesús hoy? ¿Cómo vivir el seguimiento en una situación social nueva?”**.

Marcos a través del relato de la transfiguración, igual que les decía a aquellas primeras comunidades que Jesús era el Hijo amado, nos dice a nosotros que afrontemos las dificultades sin separarnos de Jesús, caminando a su lado, subiendo con Él a la montaña, poniendo los ojos en Él, escuchándole, poniéndole en el centro de nuestra vida cristiana.

Como Pedro, Santiago y Juan, también nosotros necesitamos ver a Jesús **«transfigurado»**; verlo con más claridad y escucharlo con más atención, como si fuera la primera vez que lo hiciéramos. Para hacerlo posible, tal vez necesitemos limpiar la mirada de la fe de algunas visiones que nos impiden verlo, de costumbres que nos separan de Él, de rutinas que nos impiden escucharlo, de miedos que nos paralizan.